

Año XXXVI

7.^a SERIE

Revista Científico-Militar

Organización—Administración—Armas—Estrategia—Táctica—Fortificación
Artillería—Tiro—Historia Militar—Geografía—Biografía—Progresos Científicos—Noticias
Variedades, etc., etc.



TOMO VII

BARCELONA
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN—PASEO DE SAN JUAN, 45
1911

7.^a Serie.—Tomo 7.^o—1911

SUMARIO

1910-1911.—*Dos palabras sobre el uso de la tercerola por el oficial subalterno de Infantería*, por Epifanio Gascuña, primer teniente del Batallón Cazadores de Barbastro, n.º 4.—*Un juicio francés sobre el combate de Zoco el Jemis*, por el General de Torcy.—*El empleo táctico de la caballería*.—*Nuevos sueldos en el ejército holandés*.—*Bibliografía*.

BIBLIOTECA

Pliego 20 de «Geografía Militar de Marruecos», por D. Antonio García Pérez.
Pliego 15 de «Geografía Universal» (2.º tomo), por D. Luis Trucharte.
Pliego 1 de «Un año en el Ejército italiano», por D. R. Marín del Campo.
Pliego 1 de «Infantería Ciclista», por D. Carlos Quintana Palacios.

1910-1911

El año 1910 no ha sido perdido para el progreso del ejército. Recién terminada la guerra del Rif, se imponía un período de meditación, que no descanso, para emprender luego con más firme orientación la marcha que se había seguido en los últimos años, y así se ha hecho.

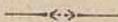
Entre todas las disposiciones oficiales dictadas en los últimos doce meses, las que mayor relieve han tenido han sido las enderezadas á mejorar la instrucción de las tropas y llevarla por derroteros modernos. Modestas en la apariencia tales resoluciones, en realidad inician una orientación que nos hacía mucha falta. La sinceridad obliga á declarar que por circunstancias muy varias no han dado todo el resultado que de ellas debía esperarse, pero es de creer que poco á poco irán arraigando las nuevas doctrinas, que ahora tropiezan, entre otras dificultades, con la escasez de los efectivos y con las costumbres algo rutinarias que habían llegado á formar una segunda naturaleza entre nosotros. Por el momento, más que nuevas disposiciones lo que conviene es afirmar y dar más eficacia á las ya dictadas; más adelante podremos dar un paso más, y de esta manera y poco á poco el progreso será más sólido y duradero.

Dignas de registrarse son también la nueva organización del ejército de Africa, puesto bajo un pie reforzado que asegura nuestra acción civilizadora, y el aumento de contingentes de varias divisiones, como se había hecho con la primera, hasta que las tengamos todas debidamente nutridas.

Para 1911 se anuncian, entre otros, la solución de un problema de importancia capital: el servicio general obligatorio. Punto es éste en que conviene no obrar con apresuramientos, pues el fracaso del sistema por motivos

de orden contingente y ajenos al fondo del mismo, sería de incalculable trascendencia. Esperemos fundadamente que se le resolverá con discreción y prudencia; y que á la vez se tendrán en cuenta los múltiples problemas con los que está íntimamente relacionado, y que también demandan solución.

El aumento de artillería es asimismo de imperiosa necesidad. Y aunque se han realizado apreciables mejoras, dentro de lo que permiten los recursos del Tesoro, en los sueldos de los jefes, no hay que olvidar que más necesario si cabe es el aumento de los sueldos de los generales de brigada, y, sobre todo, este problema es absolutamente inseparable de otro, de capitalísimo interés: la fijación de las plantillas del ejército activo. Creemos sinceramente que no es bastante un año para encontrar una solución satisfactoria desde todos los puntos de vista, toda vez que se ha de tener en cuenta que no es posible lesionar los derechos adquiridos, ni adoptar medidas de carácter radical, que envolverían el fracaso de la tentativa. Antes hay que preparar la reforma con otras que la harán factible y al mismo tiempo la completarán, y entre ellas ninguna parece más adecuada y oportuna que la división de las escalas activas en dos, una de primera línea y otra de índole más sedentaria. En este sentido parece que se encaminan los propósitos de los más elevados centros directivos, y si es así merecerán los mayores plácemes. Pero hay que repetir que en estos asuntos no caben precipitaciones, y que lo más eficaz es acudir á la evolución antes que á la reorganización, si se quiere que den frutos duraderos y sazonados.



DOS PALABRAS SOBRE EL USO DE LA TERCEROLA

POR EL OFICIAL SUBALTERNO DE INFANTERIA

La acción del Oficial no debe ser nunca ejecutora del fuego, sino directora de este y de la maniobra de sus soldados, y en la práctica hemos visto que, no solo no puede el Oficial cumplir, si obedece el precepto táctico reglamentario de embeberse en la línea de fuego, sino que lo que le falta, aun no haciendo eso, son ojos, voces, piernas, actividad, por mucha que tenga. Necesita multiplicarse si ha de atender y resolver las muchas cuestiones que ese fuego que ha de dirigir le imponen, más las referentes al avance. Debido á esto, sin duda, se enviaron á Melilla los cuartos oficiales por compañía, reconociendo la dificultad del mando en secciones nutridas.

No veo, pues, necesaria, sino de estorbo, una tercerola en sus manos, ya que nunca podría ni debería tirar con ella, distrayéndose de su principal misión. Hasta el sable le estorba y fué dejado por muchos en cuantas ocasiones pudieron, quedándose con el revólver solo, que lo mismo vale para la defensa personal en la lucha cuerpo á cuerpo, que para hacer sen-

tir su autoridad sobre los subordinados, si le fuera preciso. Es unánime en este punto la opinión de todos los subalternos que han estado en Melilla: el sable es un estorbo. Por otra parte, ¿es posible en el tiro continuo y en el fuego que hacen varias unidades que el soldado vea cómo puede batirse un blanco? ¿No tendrá el oficial para ello buenos tiradores? ¿Para dirigir el fuego, es preciso tirar? A mi juicio, no. Al contrario, el que tira no puede dirigir el fuego, y la tercerola no sé cómo puede valer para conducir tropas á las posiciones de fuego.

He leído recientemente que se ha propuesto ó aprobado en cierta nación de las que marchan á la cabeza en asuntos militares, que se le quite la *espada* al oficial de infantería, ya que no sirve mas que para entorpecerle. Me fijé, porque estaba reciente esa misma impresión mía de la campaña.

Si el oficial se encuentra desarmado ante su fuerza, no es porque no tenga tercerola, sino porque no tiene 50 ojos, 50 bocas, 50 cuerpos para estar en todas partes y ejercer su influencia personal en toda su guerrilla. De aquí la necesidad de la misión auxiliar de las clases de tropa. Y estoy tan convencido de este estorbo del arma de fuego para el mando, que hasta las clases de tropa, singularmente el sargento, no deben hacer siempre uso del fusil si han de cumplir su misión de auxiliares de ese mando. Un fusil no supone nada si, en cambio, los restantes tiran mejor, porque tirar poco y bien es mejor que mucho y mal. Allí mismo, en Melilla, y aquí en dos "Escuelas prácticas., de infantería á que he asistido, he hecho igual anotación: el sargento no debería tener fusil, á no ser que queramos se convierta en un soldado más. En los casos extremos, en particular en la defensiva, heridos y muertos habrá, cuyos fusiles puede el sargento y hasta el oficial tomar. Acordémonos de que los rifeños no tenían todos fusil; pero en cambio siempre tenían en fuego el mismo número de armas, porque el que caía herido era reemplazado por otro. Es decir, que el número de fusiles al entrar en fuego no debe contarse, pues al poco tiempo puede quedar reducidísimo, y que, atendiendo solo á la parte práctica, las clases de tropa no necesitarían llevar al combate arma de fuego y, sobre todo al sargento, se le debería suprimir.

En Melilla, si usaron constantemente el fusil durante casi toda la campaña, fué porque el sargento y el cabo eran unos soldados más, porque la falta de instrucción táctica de las clases y soldados reservistas, hizo que cada sección se convirtiese en una escuadra muy grande, mandada por un Oficial-cabo, y que se prescindiese de la división en escuadras, aumentando todavía más, por esa razón, la natural dificultad del mando de sección, ya que si tiene dificultad dirigir y mandar cuatro escuadras, mucha más la tiene el hacerse oír y obedecer de 50 ó 60 hombres.

Pues bien, si á los que solo tienen que cuidarse de repetir las voces y de vigilar la ejecución del fuego no les queda tiempo para tirar, al oficial le

quedará menos, y la tercerola sería un estorbo mayor que aumentar al que tiene ya con el sable, los cuales podían ser reemplazados con el *estorbo práctico y útil* del morral-mochila, que creo muy conveniente.

EPIFANIO GASCUEÑA.

Primer Teniente del Batallón Cazadores
de Barbastro, n.º 4

UN JUICIO FRANCÉS SOBRE EL COMBATE DE ZOCO EL JEMÍS

(30 de septiembre de 1909)

“Fué para obtener la acción decisiva sin la cual no hay éxitos militares duraderos por lo que el Comandante en Jefe provocó el combate del 30 de septiembre, cuya iniciativa le corresponde por entero? Desearía creerlo, porque él hubiera obrado así, dentro de la lógica de la situación. Pero él mismo lo ha negado afirmando haber querido solamente proceder á un reconocimiento, para darse cuenta de las disposiciones adoptadas por los indígenas para oponerse al desarrollo normal de su plan, es decir, á su marcha hacia el río Kert. Y, de hecho, las condiciones en que se empenó el combate confirman, en cierto modo, esta declaración, porque las disposiciones tomadas son las de una *salida* de guarnición sitiada, y mucho más porque no se parecen á lo que exigía una acción francamente ofensiva de guerra de campaña.

“Aparece, sin embargo, á la reflexión que si el comandante en jefe, después de su vuelta de horizonte del 29 de septiembre, pudo desear romper la cortina poco espesa que le rodeaba, quiso sobre todo revelar su presencia á los indígenas, tantearles y pesar sobre sus resoluciones, que se creía, después de las derrotas que habían sufrido en los días anteriores, inclinadas á la pacificación. Con relación al objetivo perseguido, hay que decir que la preparación del combate fué insuficiente; que se cometió una incontestable imprudencia, no teniendo en cuenta ni sus consecuencias eventuales, ni los medios de hacerles frente; que las tropas empeñadas estaban en desproporción con las dificultades con las que iban á tropezar.

“No convendría, por varios motivos, exagerar la crítica, á propósito de una operación cuya teoría figura aun sin duda en los reglamentos militares españoles, de la misma manera que estaba desarrollada en el servicio de campaña francés de 1832 y que se la encuentra, aunque rodeada de prudentes restricciones, en nuestro Reglamento de 28 de mayo de 1895. Pero sería, al parecer, perder de vista el objeto didáctico de este estudio el no hacer observar que lo acontecido el 30 de septiembre en el camino de Zeluán al Zoco El Jemís, justificaba enteramente la severidad de las críticas que los maestros de la táctica moderna dirigen contra los reconocimientos ofensivos y contra todo lo que á ellos se parezca.

“El mariscal Bugeaud, que lo había practicado, comprendido y juzgado todo, los *prohibía formalmente*, apoyando esta condenación en las consideraciones que siguen. Estas operaciones, decía, son muy peligrosas porque, exigiendo un cierto desarrollo de medios, pueden conducir á combates serios *sin objeto, ni plan*, para sostener á las tropas empeñadas, y ¿para qué objeto? Lo más frecuentemente, se tendrá á la vista una zona de terreno, una posición, de la que se quiera arrojar al enemigo. Mucho más ventajoso será entonces preparar, para empeñarlo, en la hora y en el lugar elegidos por el jefe, un ataque franco, librar *un verdadero combate*, del que se hayan *apreciado todas las consecuencias* y pesado todas las probabilidades.

“Han transcurrido sesenta años desde que se formularon estas sabias observaciones, sin que el fondo, ni la forma, hayan envejecido.

“Pero, si el mariscal Bugeaud hubiese condenado la operación del 30 de septiembre por los mismos motivos que acaban de indicarse (cuántos más severos hubieran sido sus juicios sobre las consecuencias dadas á esta deplorable empresa! Se quería hacer luz sobre una situación oscura, se dice, saber si el enemigo persistía en sus intenciones de resistencia, conocer los medios que podría emplear. Se había visto, de cerca, lo que era el enemigo, pero lo que se había visto no implicaba, ni indicación de que se debiera renunciar á la maniobra de asedio del Gurugú, ni imposibilidad de ejecutarla. No restaba, pues, más que sacar las consecuencias de las observaciones recogidas y apropiar nuevos medios de acción á las dificultades advertidas.

“La vecindad, tan próxima, de Melilla, donde tantos batallones habían quedado inactivos, hacía posible y aun fácil reunir, en cuarenta y ocho horas, todos los medios considerados necesarios para proseguir el movimiento. De la misma manera, los informes, aunque sumarios é incompletos, recogidos sobre las vías de acceso al macizo de los Beni-bu-Ifrur, permitían establecer un plan de combate más racional que el del 30, substituyendo al *golpe de sonda*, dado en un pasillo estrecho y dominado, una operación combinada, donde encontraría una mejor utilización la superioridad de los efectivos y armamento del cuerpo expedicionario.

“Se desearía creer que correspondía á un proyecto de este orden la distribución (operada el 5 de octubre) de los elementos del cuerpo móvil en dos grupos divisionarios, apostados el uno en Zeluán y el otro en Nador, haciendo frente á las direcciones evidentes de ataque; y se quisiera creer que la renuncia á la ofensiva, ó, por lo menos, su largo aplazamiento, no incumbe más que indirectamente á la autoridad militar, lo que nos permite no insistir sobre esto.

“En realidad, entraron entonces en juego otros elementos, se tuvieron en cuenta otras consideraciones, que sólo tenían un débil enlace con las cosas de la guerra, y sobre todo con su teoría. El país mucho más, es me-

nerester decirlo, que el cuerpo expedicionario estaba fatigado de una campaña de resultados aun hipotéticos, fecunda en sorpresas á veces penosas, y se sentía que, como en otros tiempos, un convenio, siempre que la forma fuese aceptable, parecía preferible á la costosa continuación de la lucha. Tal fué el origen, difícilmente discutible, de las negociaciones políticas, de las cuales se ha hablado ya lo suficiente para no volver sobre ellas, que llenaron en gran parte el lánguido período militar que siguió.

.....
"Como ya se ha hecho observar, no se podrá decir lo mismo del combate del 30 de septiembre, cuya concepción, igualmente justa, fué falseada por las condiciones que el mando impuso á los ejecutantes, condiciones infinitamente criticables; en realidad, nada tan peligroso, frente á los árabes, como atacar sin intención de conservar y condenándose, de antemano, á una retirada que ya se sabía había de ser infinitamente peligrosa (1).

"Esta observación es tan verdadera, que no se puede dudar que á pesar de las dificultades del terreno, á pesar de la debilidad de los efectivos, á pesar de la falta de víveres y municiones, la operación del 30 de septiembre hubiera sido un éxito, si hubiera podido ó querido rebasar los límites, singularmente estrechos, de lugar y tiempo, asignados á la operación. Tal vez, el general de división investido del mando y responsable en cierto modo, hubiera podido tomar sobre sí iniciativas que imponían las circunstancias. El general comandante en jefe, que seguía la operación á distancia y sin cesar de comunicar telegráficamente con el general de división, podía en todos los casos, casi se podría decir, debía, no vacilar en modificar, en el acto, un plan que iba á costar relativamente tan caro al cuerpo móvil.

"Si ahora, suponiendo esta modificación, se recuerda que los dos batallones de cazadores de la vanguardia, apoyados por las dos baterías y los dos escuadrones, habían llegado casi sin pérdidas, antes de las 11 de la mañana, al alcance del tiro eficaz de fusilería del Zoco-El-Jemis, se pensará que estos medios debían bastar tanto más para apoderarse de él, toda vez que la artillería contaba con una batería de tiro rápido (del Creusot), cuyo empleo permitiría la acción combinada de que se ha hablado antes y aseguraba tal vez la fácil toma de aquel punto de apoyo.

"El combate desde entonces se simplificaba. Mientras que uno de los batallones, organizando la defensa del Zoco, con la batería de montaña y las ametralladoras, lo ponía al abrigo de toda tentativa ofensiva de un

(1) El general Duchesne ha escrito, en una instrucción que lleva la fecha de 4 de junio de 1895 y relativa á las operaciones militares en el interior de la isla de Madagascar: «*En principio no se debe retroceder nunca... El verdadero peligro (ante los orientales) comienza solamente con la retirada.*» Las principales pruebas sufridas durante la campaña por el cuerpo expedicionario español no hacen más que confirmar la exactitud de estas justas observaciones.

adversario desprovisto de artillería, la batería de campaña y el segundo batallón disponibles, tomaban oblicuamente á los defensores de la doble cima de roca atacada por el batallón de Chiclana, asegurando su conquista, mientras que la caballería, abrigada hasta entonces más acá del Zoco el Jemis, permanecía presta á caer sobre los marroquíes desalojados de sus posiciones.

“Acaso (el desaliento sucede rápidamente en los árabes á las más enérgicas demostraciones) el éxito, relativamente pronto y fácil de esta operación, en realidad simple combate de vanguardia, hubiera bastado para encender el desaliento que el comandante esperaba, no sin razón, y provocar la inmediata declaración de sumisión de los indígenas. Por lo menos, la posesión, necesariamente mantenida, de los dos puntos de apoyo, que dos ó tres batallones, apoyados por ametralladoras y artillería, bastaban para asegurar, permitía organizar, para un día próximo, un nuevo ataque, cuyo objetivo fuera esta vez El-Axara, sino el mismo Atlaten, operación de la cual el enemigo no hubiera esperado sin duda el cabal desarrollo para deponer las armas, sobre todo si este movimiento hubiese sido combinado entre el cuerpo principal procedente de Zeluán por el Zoco-El-Jemis y un fuerte destacamento mixto que desembocara de Nador para remontar el valle del río del Caballo..”

GENERAL DE TORCY

(De la notable obra «Les Espagnols au Maroc en 1909.» Véase la sección bibliográfica de este número).

EL EMPLEO TÁCTICO DE LA CABALLERÍA

El Capitán de caballería del ejército inglés C. W. Battine, en un artículo dedicado al empleo táctico de la caballería, expone algunas observaciones que, siquiera sea en resumen, conviene registrar.

La eficacia de la caballería en campaña y aun en los ejercicios y maniobras de paz, depende ante todo del número de caballos disponible. Es un error que la fuerza en hombres de un escuadrón sea mayor que la fuerza en caballos; estos se inutilizan con mucha más frecuencia que aquellos, y especialmente en la exploración y reconocimiento se exige al ganado un esfuerzo mucho mayor que el que se pide á los hombres. Por buenos ginetes que sean los hombres de un escuadrón de nada servirán si carecen de caballos en número suficiente. Se daría una prueba de buen juicio haciendo que la plantilla de ganado de los escuadrones tuviese diez plazas más que la de hombres, como lo ha hecho algún jefe de caballería en las campañas africanas, por cierto con excelente resultado, porque pudo desempeñar cometidos para los que estaban imposibilitados los demás cuerpos de caballería.

La responsabilidad efectiva del estado del ganado de un regimiento debería recaer sobre los capitanes de escuadrón y no sobre el primer jefe. A este le será muy difícil, por no decir imposible, vigilar y tomar las medidas conducentes á la conservación de los caballos, tarea que ya resulta difícil, por su naturaleza, cuando recae sobre los capitanes en lo relativo á sus escuadrones. Es conveniente por lo tanto que los capitanes de caballería gozen de una mayor autonomía que ahora y que al mismo tiempo que asuman más responsabilidad, tengan más amplitud de derechos y puedan ejercer su actividad en un mayor campo de acción.

En la instrucción se tiende más á formar buenos ginetes que á ejercitar las armas para que los soldados sepan manejarlas bien y pongan fuera de combate al mayor número posible de enemigos. Se cree generalmente que el principal efecto de una carga de caballería es moral y que basta con provocar el pánico y la desbandada en el enemigo, toda vez que conseguidos esos efectos se habrá logrado la victoria. Tal creencia es errónea y puede acarrear pésimas consecuencias el día de una guerra. Los escritos que hasta nosotros han llegado de las guerras napoleónicas, nos dicen que si la caballería francesa producía tanto efecto moral en sus enemigos era por la habilidad que sus ginetes tenían en hacer uso de las armas y por las heridas que causaban con ellas, generalmente de consideración. No puede negarse que el efecto moral de la caballería será tanto mayor cuanto más grande sea el número de adversarios puestos fuera de combate. La dispersión más ó menos parcial podrá lograrse quizás fácilmente, pero será tanto menos duradera cuanto menos sangre haya hecho correr la caballería que ha cargado. El efecto moral, para ser eficaz, debe ser consecuencia del efecto material. Por consiguiente, es menester que en la instrucción individual se dedique mayor atención al manejo de las armas, y sobre todo que se infiltre en el ánimo del soldado la necesidad de herir á su enemigo, cuanto más gravemente mejor; esto es más necesario ahora que en otros tiempos, porque la dulcificación de las costumbres hace que generalmente se sienta repugnancia á herir á un adversario con arma blanca, si no presenta una resistencia que ponga en peligro la vida propia. El ahorro de sangre del enemigo supone un mayor derramamiento de sangre en el ejército propio.

Se dice generalmente que han pasado los tiempos de la carga, en razón de la potencia y precisión del fuego de la infantería. Sin negar que ahora las distancias á que hay que iniciar una carga serán mayores que hace 50 ó 100 años, no hay que exagerar tampoco. Cuando se llega en el combate á las distancias cortas y comienza una carga, las condiciones balísticas de las armas de fuego tienen poca importancia porque los nervios y el estado moral de los combatientes se anteponen á todo lo demás. Aparte de esto, si bien es verdad que hoy un batallón de mil plazas desarrolla una intensidad de fuego igual al de una brigada en las guerras

del Imperio, no lo es menos que ese batallón combate y despliega en un terreno muchísimo mayor, el orden de combate es más tenue, más sutil, y de aquí que no sea tan fácil á los jefes, como lo era en otro tiempo, adoptar formaciones concentradas á la aparición de la caballería y conservar la cohesión y la fuerza de espíritu de su tropa, de donde se deduce que el efecto de las cargas no será menor en nuestros tiempos que en los pasados.

La gran dificultad que para ellas se presenta consiste en que la caballería, antes de intervenir, ha de situarse á mayor distancia de la línea de fuego, de donde en general resulta ó que no llegará con oportunidad ó será advertida con antelación su presencia y se podrán tomar medidas para rechazar la carga, con lo que esta perderá su principal efecto de sorpresa y de pánico. La verdadera dificultad no es esa, sino otra: la de saber aprovechar bien el terreno, para marchar en todos sentidos sin descubrirse al enemigo. Rarisimo es el campo de batalla en el que no es posible ocultar una fuerza bastante numerosa de caballería y hacerla mover á cubierto. Pero hay que reconocer que los comandantes de regimiento y de brigada no están prácticos en ese aprovechamiento del terreno, ni le conceden toda la importancia que realmente tiene; sin saber practicar eso no serán posibles las cargas, ni dará la caballería todo su rendimiento, no menor ahora que antes.

El sable no es el arma mejor para la caballería. Alemania va introduciendo la lanza en todos sus regimientos y lo mismo hace Francia. Lo mismo si resiste la infantería ó caballería enemigas que si rehuye el encuentro, el sable tiene un alcance más limitado y es de más difícil manejo que la lanza; esta pone efectivamente fuera de combate á un adversario que se separa del jinete que llega al galope de su caballo, y además ejerce un efecto moral muy superior. En las más célebres cargas de caballería de las guerras modernas, se ha demostrado que la lanza daba resultados más eficaces que el sable. Guarda á mayor distancia al adversario, se maneja, para los efectos del combate, más fácilmente, y brinda más protección al jinete. No hay que olvidar que el soldado de caballería habrá de hacer uso de sus armas blancas, casi sin excepción, moviéndose el caballo á aires muy violentos.

Las formaciones tácticas de la caballería deben ser susceptibles de un rápido despliegue. No puede admitirse ya aquel despliegue sucesivo en que del trote se pasaba al galope y de éste al aire de carga. En los ejércitos francés y alemán se tiende á cargar desde la formación de á cuatro, que es que la mejor se presta á la aproximación á cubierto ó con pocas bajas. Ha de admitirse que la caballería debe estar instruida de tal modo que pueda cargar desde la formación en columna, pasando rápidamente á las líneas de uno ó lo más dos escuadrones, sin más preparativos.

En lo relativo á la instrucción de tiro ó combate á pie, debe tenerse

presente que la caballería lleva una dotación de municiones muy inferior á la que tiene la infantería, por lo que se impone el empleo de formaciones más densas que las de ésta última, con objeto de que la tropa esté más bajo la mano de los oficiales y se mantenga más la disciplina del fuego y la economía de municiones. Pero ha de ejercitarse el soldado de caballería en esa instrucción, porque los efectos del tiro de tal arma deben en realidad ser más importantes de lo que realmente se cree, dado que en general del soldado de caballería es más fuerte que el de infantería y llega más descansado al campo de batalla, así como puede conservar más su serenidad porque su montura le preserva de muchos peligros que acechan al infante. Generalmente se limita la instrucción de caballería á terrenos llanos; ha de extenderse á los movidos y montuosos, en los que precisamente es donde resultará más indicada y conveniente.

Sería un error muy grande hacer echar pie á tierra á la caballería, para reforzar el fuego de la infantería ó prolongar una línea de esta. Aparte de los casos en que la caballería debe bastarse á sí misma y en los que hará uso de su artillería á caballo y de sus secciones de ametralladoras, en principio el combate á pie firme ó acción por el fuego se habrá de combinar y se presentará al ejecutar una carga, unas veces porque algunos escuadrones sostengan y apoyen con su tiro el ataque á caballo, y más generalmente después de la carga. En este último caso, será bastante frecuente que una vez deshecha la primera línea enemiga sea menester oponerse á la reacción ofensiva intentada por las reservas ó por la caballería adversaria, y entonces nada mejor que echar pie á tierra y defender el terreno por medio del fuego, sacrificando los caballos al tiro enemigo si es preciso, hasta que lleguen en apoyo los demás escalones. Esto acontecerá tanto más, si se tiene en cuenta que la carga habrá de hacerse por pequeñas unidades que se sucedan las unas á las otras. Tal instrucción es muy difícil y requiere mucha práctica en el tiempo de paz; en ella se verá la diferencia entre una caballería bien instruida y otra que no lo esté tanto. La base del empleo táctico de tal arma ha de fundarse en la combinación del combate por el fuego y la carga al arma blanca.

Las armas, la técnica, todo se perfecciona, pero hay un elemento que no cambia nunca y que ocupa el primer lugar en la guerra: la moral. Si recordamos todas las grandes y decisivas batallas de la última centuria, veremos que su terminación coincide con una gran carga de caballería; ella es la única acción que impide se reorganice el enemigo y que acarrea la destrucción total del vencido, poniendo término á la guerra.

En el ginete más que en otro alguno se impone el estar animado del firme deseo de vencer, del espíritu de la ofensiva, del sentimiento de no descansar hasta ver aniquilado al adversario. Y lo que más difunde y alimenta ese espíritu en un ejército es el poseer una caballería fuerte, bien instruida y mandada por excelentes caudillos. La caballería ha de figurar

siempre como ejemplo vivo y palpable de ese espíritu, de enérgica ofensiva, porque al fin y al cabo la caballería es por antonomasia el arma de la ofensiva.



NUEVOS SUELDOS EN EL EJÉRCITO HOLANDÉS

En el ejército holandés no gozaban de iguales sueldos las diferentes armas y cuerpos del ejército. A partir del presente año, se han unificado los sueldos, con arreglo á la tarifa siguiente:

Segundo teniente.	2520	francos
Primer Teniente (sueldo inicial).	3150	"
Idem idem, después de seis años de oficial.	3360	"
Idem idem, después de nueve años de oficial.	3780	"
Idem idem, después de doce años de oficial.	4200	"
Idem idem, después de quince años de servicio.	4620	"
Idem idem, después de dieciocho años de servicio.	5040	"
Capitán (sueldo inicial).	5460	"
Idem, después de veinticuatro años de oficial.	5880	"
Idem, después de veintiocho años de oficial.	6300	"
Comandante.	7350	"
Teniente Coronel.	8400	"
Coronel.	10080	"



BIBLIOGRAFIA

Les Espagnols au Maroc en 1909, par le Général de Torcy, Paris, Berger-Levrault et Cie, éditeurs, 1910.—284 páginas (25×16), con un plano general, 5 croquis, una vista panorámica y 5 fotograbados, 5 francos.

Al estallar el conflicto de Melilla, el general francés de Torcy acababa de pasar al cuadro de reserva del Estado Mayor General y resolvió trasladarse al Rif, para seguir al lado de nuestro ejército las operaciones de la guerra; así lo hizo efectivamente, y fruto de las observaciones personales y directas, y de los datos recogidos por el autor, es el libro cuyo título encabeza estas líneas.

El libro se divide en tres partes: en la primera se exponen, á manera de preliminares, los antecedentes históricos, los orígenes del conflicto, el teatro de la guerra y las fuerzas de los dos partidos; en la segunda se describen las operaciones de la guerra, incluso las del periodo de la pacificación; y en la tercera se recogen las lecciones de la guerra, agrupándolas en las

relativas á las operaciones, á la táctica y á varios hechos, terminando con un resumen y varias conclusiones.

En otro lugar de este número transcribimos algunos párrafos de esta obra, para que nuestros lectores puedan apreciar por sí mismos la importancia del libro del general de Torcy; pero aparte de esto, hemos de declarar que "Les Espagnols au Maroc," es, sin duda ninguna, lo mejor que hasta ahora se ha escrito sobre aquella campaña. Aunque en ciertos pormenores cabe rectificar al autor, y determinados juicios serían fáciles de refutar; en su conjunto, la lectura meditada del libro revela la gran competencia del antiguo comandante en jefe del tercer cuerpo de ejército francés y sus envidiables cualidades de escritor militar. No parece esta obra escrita por un francés, dada la tradicional ligereza con que nuestros vecinos se ocupan de las cosas que nos conciernen; es un espíritu culto, sincero, profundo conocedor de las cosas de la guerra en todos sus múltiples detalles, y con la gran ventaja de ocuparse de lo que ha visto y, por consiguiente, hallarse en condiciones para emitir un juicio propio, quien ha desarrollado con trazos vigorosos la campaña del Rif, y ha hecho notar los aciertos y los errores que en ella se descubren.

Ciertamente, los juicios del autor no pecan de benévolos, á pesar de la gran cortesía y discreción con que están expuestos; pero no es de extrañar que así suceda si se tiene en cuenta que el general de Torcy se ha puesto en un punto de vista enteramente militar, y en este concepto hay pocos puntos en los que quepa disconformidad con el autor. Cabalmente ese punto de vista es el que más nos interesa, porque contribuirá á evitar desaciertos en lo sucesivo, y porque nos ofrece abundantes y copiosas enseñanzas. De modo que aunque ciertos hechos, que bien examinados son elocuente testimonio de la vitalidad y buen espíritu de nuestras tropas, le merecen censura, y otros le brindan materia para la crítica, por haber dejado á un lado razones éticas y de índole nacional, militarmente considerados se prestan á la censura que, con parquedad y discreción, ejerce el autor.

Creemos que el general de Torcy ha prestado un buen servicio á nuestro ejército, porque aún haciendo la salvedad de que no participamos de todas sus opiniones, aunque sí de muchas de ellas, verán nuestros oficiales, y también los hombres de Estado, juzgada la guerra dentro de los principios modernos y anotadas las deficiencias que todos hemos observado y que importa corregir cuanto antes.

La obra en cuestión ha de ser maduramente leída y debe figurar en todas las bibliotecas militares, por lo que recomendamos su adquisición á nuestros lectores.